

Gareth Evans (2018), *Las variedades de la referencia*, traducción de Eduardo Berumen, Alfonso Anaya, Laura Pérez y otros, Bogotá/México, Universidad de Rosario/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, xxiii + 405 pp.

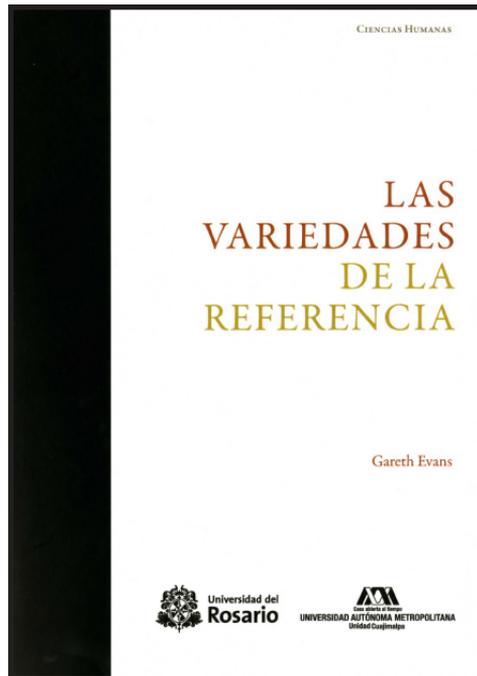
**T**raducir el complejo, voluminoso e inacabado escrito *Las variedades de la referencia* (en adelante *Variedades*) de Gareth Evans no es tarea fácil. Pese a la dificultad inherente de la cargada terminología del filósofo oxoniano, un grupo de investigadores, liderados por Álvaro Peláez (UAM-Cuajimalpa), decidió verter por primera vez su *opus magnum* al español. Sin embargo, ¿habrá valido la pena el esfuerzo de traducción, considerando lo hermético y enigmático del texto de Evans?, pues a la muerte de su autor todavía era un borrador bastante avanzado, pero inconcluso.

Para una respuesta más completa a esta cuestión se necesita conocer, aunque sea de manera breve, el ambicioso proyecto filosófico desarrollado en *Variedades*. Según Evans, el objetivo del libro es estudiar la adecuación de la categoría de los términos singulares de la semántica intuitiva respecto a una más sofisticada y filosóficamente motivada, en el sentido de una investigación minuciosa de la clase de expresiones referenciales del lenguaje cotidiano (p. 1). La guía para dicha investigación se encuentra en un principio de índole cartesiano, pero formulado con más claridad por Bertrand Russell a inicios del siglo xx, el cual afirma: “toda proposición que podemos entender debe estar compuesta de constituyentes que conocemos directamente (with which we are acquainted)”.<sup>1</sup> Evans lo justifica,

1 Bertrand Russell (1986), “Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, *Mysticism and Logic*, Londres, Unwin Paperbacks, cap. 10, p. 209. Russell lo llama ‘principio epistemológico fundamental’; Evans prefirió llamarlo ‘principio de Russell’.

como Russell ya lo había hecho (1986), de la siguiente manera: no podemos pensar o hablar sobre un objeto sin saber exactamente cuál es el objeto de nuestro pensamiento o habla. El autor de *Variedades* sostiene, además, que el principio de Russell no es de mera transparencia de los objetos del pensamiento a su sujeto, sino, más específicamente, una demanda de determinación epistémica de tales objetos, en el sentido de que el contenido objetivo mismo del pensamiento presupondría alguna capacidad para identificar *sus* objetos y distinguirlos de todos los que no constituyen tal contenido (caps. 3 y 4).

Pero, ¿cómo podría iluminar el principio de Russell acerca de la categoría de las expresiones referenciales? Aquí, cabría introducir la propuesta de Evans para la corrección del modelo russelliano del conocimiento de los objetos del pensamiento —el modelo de la familiaridad con objetos privados—. Según el filósofo oxoniense, nuestros pensamientos acerca de objetos están basados en ciertas capacidades para identificar y re-identificar tales objetos, por ejemplo, las capacidades para identificarlos de manera demostrativa y para reconocerlos por su ubicación en una especie de mapa cognitivo espacial egocéntrico en constante actualización a lo largo del tiempo. Estas capacidades involucran estados informacionales de nuestros sistemas perceptivos —a saber: estados del sujeto causados por la presencia de sus objetos— y, sobre la base de tal información, nos permite ubicar estos objetos en



el mencionado mapa egocéntrico (cap. 5). Los pensamientos basados en identificaciones demostrativas, auto-identificaciones y reconocimiento o re-identificación de objetos deberían ser clasificados como singulares y los términos que los denotan serían referenciales (caps. 6-8). Estos son los que Evans llama ‘términos russellianos’, a saber: aquellas expresiones cuyos enunciados informativos no expresarían ningún pensamiento si su respectivo referente no existiese.

Ejemplos paradigmáticos de términos russellianos son deícticos como ‘esto’, ‘aquello’, ‘aquí’, ‘allá’ en enunciados informativos como “esto es más rojo que aquello” y “aquí hace más calor que allá”. Términos russellianos más complejos como ‘yo’, ‘él’, ‘ella’ —respectivamente entendidos como equivalentes a ‘esta persona’, ‘aquel varón’, ‘aquella mujer’— o bien ‘esta piedra’, ‘aquella montaña’ en enunciados como “yo tengo un dolor de diente”, “él es más alto que ella”, “esta piedra bajó de aquella montaña”, proferidos de manera informativa, deben asociarse, si nos atenemos al principio de Russell, a capacidades de identificación y ubicación espacial de objetos de ciertos tipos muy específicos.

La discusión sobre los nombres propios cotidianos ocupa los últimos capítulos de *Varietades* (caps. 9-11). En éstos, Evans sostiene que, en la mayoría de sus usos, tales nombres de personas, ciudades y otros objetos identificados y re-identificados de manera no-conceptual funcionan como términos russellianos, pese a que los llamados ‘nombres descriptivos’ —expresiones que, según él, son sinónimas a descripciones definidas— estarían asociados de manera convencional a procedimientos conceptuales de identificación y, por lo tanto, no serían referenciales.

A diferencia de los demostrativos y otros deícticos como ‘aquí’, ‘ahora’ y ‘yo’, los nombres propios no-descriptivos deben su carácter russelliano más a la existencia de prácticas y convenciones lingüísticas compartidas que a los pensamientos basados en información proveniente de los sistemas perceptivos de sus participantes. Por otro lado, los nombres propios cotidianos en su uso no-descriptivo difieren de los nombres descriptivos —como, por ejemplo, ‘Julius’, entendido como sinónimo de ‘el inventor del cierre’—, en tanto diversos tipos de convenciones se asocian con ambos: la práctica de uso de los segundos los conecta con procedimientos descriptivos conceptuales de identificación de sus referentes, mientras que la de uso de los primeros los asocia con mecanismos no-conceptuales más fundamentales de identificación, como los ya mencionados mecanismos perceptivos de demostración o de reconocimiento y re-identificación de referentes.

En concordancia con Russell, Evans sostiene que la categoría de las descripciones definidas no es genuinamente referencial. Según él, esto se debe a que, en sus aplicaciones más comunes, tales términos singulares de la semántica intuitiva, para la comprensión de enunciados en los que ocurren, no requieren que el oyente tenga un pensamiento basado en información sobre sus supuestos referentes, sino sólo pensamientos con contenidos descriptivos. Ni siquiera en los casos señalados por Peter Strawson<sup>2</sup> y en aquellos discutidos más tarde por Keith Donnellan<sup>3</sup> —de usos aparentemente referenciales de descripciones definidas— le parece al autor de *Varietades* que su correcta comprensión torne necesaria la presuposición de un pensamiento basado en información no-conceptual por parte del oyente; en su opinión, alguna paráfrasis cuantificacional russelliana sería completamente satisfactoria para explicar los casos de comunicación exitosa involucrando tales usos.

El punto central del libro no es sólo salvar el principio de Russell del ataque de algunos seguidores de Kripke, quienes defienden lo que Evans llama ‘el modelo fotográfico’ —a saber: el modelo de la intencionalidad de nuestros pensamientos, de acuerdo con el cual su contenido representativo estaría determinado por relaciones causales entre pensamientos y sus objetos; en otras palabras: el modelo más conocido como teoría causal de la representación mental—. Si bien es cierto que el autor no considera correcto el modelo fotográfico, tampoco acepta el modelo original propuesto por Russell: el de la familiaridad. Tal concepción típicamente cartesiana de la determinación de los objetos de nuestros pensamientos es la que, en general, se asocia con la interpretación estándar del principio de Russell. Lo que realmente le interesa a Evans en *Varietades* es defender cierta concepción epistémica sobre la determinación del contenido intencional del pensamiento para evitar el egocentrismo exagerado de Descartes y Russell, al mismo tiempo que rechace el externalismo causal comunitarista de Kripke y sus seguidores. El egocentrismo radical o internalismo sobre la determinación del contenido mental se evita apelando a capacidades de identificación y re-identificación de objetos de nuestros pensamientos asociados con nuestros sistemas perceptivos y de almacenamiento de

2 Peter Strawson (1950), “On Referring”, *Mind*, vol. 59, núm. 235, pp. 320-344.

3 Keith Donnellan (1966), “Reference and Definite Descriptions”, *The Philosophical Review*, vol. 75, núm. 3, pp. 281-304.

información sensorial; estas capacidades sirven también para evitar los problemas de indeterminación de la referencia asociados al modelo fotográfico.

En sus líneas generales, tan ambicioso proyecto se parece al de la *Crítica de la razón pura* para moderar los excesos del empirismo de Locke, por un lado, y del racionalismo de Leibniz, por el otro. Este último pensó que sólo desde una perspectiva *sub specie aeternitatis* se podría determinar completamente la referencia de nuestros pensamientos; sólo a través del concepto perfecto o descripción completa del objeto se lo podría fijar de manera definitiva. Tal descripción tendría que contener toda su historia pasada, presente y futura. Locke, a su vez, consideró más plausible pensar la formación de nuestras representaciones de los objetos naturales a partir de la observación pasada y presente de propiedades co-instanciadas en ciertas regiones espacio-temporales y de nuestras expectativas inductivas sobre su comportamiento futuro. Para el autor del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, nuestras ideas de los objetos empíricos son conjuntos complejos y abiertos de ideas simples producidas por los sentidos y organizadas según principios de asociación de ideas. Kant rechazó ambas propuestas de determinación de la referencia de nuestros pensamientos: según él, Leibniz se había equivocado al menospreciar el papel de la percepción, la experiencia y los sentidos en la identificación de los objetos de los que hablamos; en otras palabras, de nuestras capacidades no-conceptuales de discernir los objetos empíricos. Por otro lado, la propuesta lockeana también falló al restar importancia al papel fundamental de los principios y reglas de nuestra facultad discursiva —como el de causalidad y el de la permanencia de la sustancia— para la correcta identificación de los objetos, sus propiedades y relaciones recíprocas, esto es: de nuestras capacidades conceptuales para determinar la referencia de nuestros pensamientos. La frase kantiana que tal vez mejor expresa este doble rechazo es la siguiente: “pensamientos [y conceptos] sin contenido [sensible] son vacíos, intuiciones sin conceptos son ciegas” (*KrV*, B 75).

Ahora bien, así como Kant dibujó en su idealismo trascendental una vía intermedia entre Locke y Leibniz para dar cuenta de la determinación de la referencia de nuestras creencias y enunciados sobre el mundo natural, también Evans en *Varietades* bosquejó una propuesta alternativa a los modelos de la familiaridad

(Russell)<sup>4</sup> y fotográfico (Kripke)<sup>5</sup> sobre tal determinación. El filósofo de Königsberg mostró cómo podemos pensar objetivamente las cosas que encontramos en la experiencia al exhibir las capacidades cognitivas intuitivas y conceptuales que les subyacen para ubicar objetos en el espacio y en el tiempo, contarlos, identificarlos en el cambio de sus accidentes, encontrar las causas de los cambios en sus propiedades, entre otras cosas. De manera análoga, el filósofo de Oxford asumió la tesis de la determinación completa de los objetos de nuestros pensamientos (el postulado cartesiano-russelliano), para explicarla guiado por una interpretación novedosa del principio de Russell, al postular la existencia de capacidades cognitivas para identificar demostrativamente objetos, ubicarlos en un mapa egocéntrico, reconocerlos y re-identificarlos, etcétera, como el fundamento último para la identificación descriptiva de tales objetos.

Independientemente de si el proyecto filosófico de *Variedades* ha sido exitoso —y la cuestión, sin duda, ha generado una enorme discusión—, su influencia en la filosofía analítica contemporánea ha sido inmensa, a juzgar por la voluminosa literatura que ha suscitado, por ejemplo, a propósito del contenido no-conceptual (el contenido informacional generado por nuestros órganos de los sentidos). Simpatizantes ilustres como John McDowell<sup>6</sup> y detractores de peso como Donald Davidson<sup>7</sup> tal vez estuvieran de acuerdo con el enorme atractivo que todavía ejercen sobre la mente de los filósofos los modelos kantiano y evansiano para la determinación del contenido referencial de nuestras actitudes proposicionales y enunciados significativos. En este sentido, considero muy oportuna la traducción de la obra prima de Evans que presenta el grupo liderado por Álvaro: un trabajo pionero verdaderamente primoroso de adaptación a nuestro idioma de la hermética terminología practicada por uno de los pensadores más brillantes de

4 Bertrand Russell (1997), *The Problems of Philosophy*, Oxford, Oxford University Press.

5 Saul Kripke (1980), *Naming and Necessity*, Cambridge, Harvard University Press.

6 John McDowell (1994), *Mind and World*, Cambridge, Harvard University Press.

7 Donald Davidson (1984), “On the Very Idea of a Conceptual Scheme”. En *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford, Oxford University Press, pp. 5-20.

## **SÍLVIO MOTA PINTO**

la segunda mitad del siglo xx en la Universidad de Oxford. Estoy seguro de que las nuevas generaciones de estudiantes de licenciatura e incluso de posgrado, de los centros de enseñanza e investigación en lengua española que se interesan por la filosofía de Evans —y en mi experiencia como asesor de tesis sobre su obra he sido testigo del renovado interés que suscita— se los van a agradecer por muchas décadas. ¡Enhorabuena!

**SÍLVIO MOTA PINTO**  
ORDID.ORG//0000-0003-4165-6383  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
UNIDAD IZTAPALAPA  
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA  
silviopint@yahoo.com

**D. R. © Sílvio Mota Pinto, Ciudad de México, enero-junio, 2019.**